

EL GRAN REFORMADOR. FRANCISCO, RETRATO DE UN PAPA RADICAL

Austen Ivereigh, Madrid, Ediciones B, 2015, 565 págs.

Por Florencio Hubeñák

Contra mi costumbre comenzaré por una afirmación categórica: entre las muchas biografías del Papa Francisco publicadas y que he tenido oportunidad de leer este verano, es la más completa y equilibrada.

Trataré de demostrar esta aseveración comenzando por una referencia al autor. Austen Ivereigh es un periodista especializado en cuestiones religiosas, doctorado por la Universidad de Oxford, cofundador de Catholic Voice y otrora consejero del cardenal Murphy O'Connor, circunstancias que le permiten un acceso particular a información especializada, más allá de una consulta documentada sobre el Papa, sus escritos y estudios, sobre su vida y obra, como puede apreciarse en la variada bibliografía citada y en las múltiples notas.

En el primer capítulo realiza una síntesis de la historia argentina para ubicar en su contexto la juventud de Jorge Mario Bergoglio, la significativa influencia de su abuela Rosa y la vivencia del gobierno peronista, aunque casi no hay referencia al tan mentado “peronismo” –la Guardia de Hierro– del actual Papa.

El capítulo siguiente está dedicado al ingreso de Bergoglio en la Compañía de Jesús, su formación y sus primeros pasos como jesuita, con referencia a su frustrada vocación misionera por su problema pulmonar, que casi le cuesta la vida. Es interesante la mención a las misiones jesuíticas entre los guaraníes, aunque sea difícil calibrar su influencia en los pasos posteriores del actual Papa.

El tercer capítulo –que como todos comienza por una referencia a actitudes adoptadas como Francisco– trata de su actuación como jesuita, la influencia recibida del Padre Fiorito y las internas producidas en la

Compañía como consecuencia de la aplicación del Concilio Vaticano II, en plena crisis de los 70. No falta una referencia a la “visión mesiánica del peronismo” en el célebre padre Mugica y en los sacerdotes del Tercer Mundo, en algunos casos inclinados a favorecer la guerrilla y en otros buscando una explicación y salida en la llamada “teología del pueblo”. El capítulo incluye su paso como provincial a temprana edad.

Para el autor “Bergoglio tenía lo que los teólogos llaman una hermenéutica –una clave interpretativa, un criterio, una vara de medir–, que permitiría reformar y unir la provincia, más allá de la ideología, centrándose de manera muy directa en los pobres. Su postura no fue conservadora –no compartía la postura nacional católica partidaria de la élite que defendían los obispos partidarios de Onganía–, ni clerical: no creía que el clero, ni los obispos, ni Roma estuvieran en posesión de una verdad que hubieran de distribuir de arriba hacia abajo, sino que el Espíritu Santo se había revelado a través de un diálogo entre ‘el pueblo fiel’ y la Iglesia universal” (p. 163). Ivereigh resalta que ese “pueblo fiel” observaba las luchas “ideológicas” en el seno de la Iglesia como simples espectadores.

En el capítulo cuarto el autor prosigue con el tema anterior, detallando algunos aspectos de la estrategia de Bergoglio y de la experiencia adquirida en esos años difíciles. Como era obvio incluye el caso de los sacerdotes Yorio y Jalics, que expone con el criterio equilibrado que caracteriza toda la obra.

El capítulo quinto se ocupa de los años de exilio de Bergoglio en Córdoba y la problemática existencial que implicaron para él, ayudándole a superar circunstancias personales sumamente difíciles, que no omiten la mala relación con el sucesor del Padre Arrupe, como Prepósito General, la oposición dentro del Compañía con los jesuitas más tradicionales que lograron imponer como provincial al padre García Mata, aumentando la crisis que llevó al nombramiento de un colombiano como su reemplazante para unir las facciones enfrentadas. A esta época pertenece su frustrada tesis doctoral sobre Romano Guardini.

En el capítulo siguiente Ivereigh se dedica al nombramiento de Bergoglio como obispo auxiliar de Buenos Aires por pedido del entonces titular, cardenal Quarracino, quien le rescata de su exilio cordobés. La ocasión parece propicia para mencionar que en ocasión de estar redactando

la historia de nuestra Universidad escuché de una fuente creíble que el acercamiento entre ambos fue obra de Mons. Octavio N. Derisi, rector de la UCA y otrora maestro del Cardenal y conocedor de Bergoglio y de sus dificultades en la Compañía.

El autor no esquiva ninguna de las cuestiones conflictivas de la época, haciendo referencia al conocido “affaire Toledo-Trusso” y el interés del ya arzobispo coadjutor en rescatar la honestidad de su antecesor.

“El cardenal gaucho” es el original título del capítulo séptimo, donde el autor estudia el especial papel cumplido por Bergoglio como arzobispo de Buenos Aires, su relación con el clero y con el poder político de turno, como también con el Vaticano. Aquí incorpora interesantes detalles de la elección de Benedicto XVI, como de los votos registrados por el entonces cardenal Bergoglio y el papel asumido por éste para no trabar la elección. El autor acentúa que ni el futuro Papa estaba preparado, ni lo estaba la Iglesia Latinoamericana, según opinión de Methol Ferré. La mención del Encuentro de Aparecida lleva a Ivereigh a afirmar que “Bergoglio salió de Aparecida el líder de la Iglesia latinoamericana” (p. 401).

En este contexto es de especial interés el sermón pronunciado el 30-XII-2005 con motivo de la tragedia de Cromagnon. El autor transcribe un párrafo muy significativo de tono profético: “Ciudad distraída, ciudad dispersa, ciudad egoísta: llora. Te hace falta ser purificada por las lágrimas. Hoy aquí rezando juntos le damos este mensaje a nuestros hermanos de Buenos Aires: lloremos juntos, nos hace falta llanto en Buenos Aires... Rezamos en esta Misa, adentrándonos en el corazón de nuestra Madre Virgen que llevó a su hijo al templo con un sentimiento y lo trajo de vuelta con otro sentimiento. Y lloremos, lloremos aquí. Lloremos afuera y pidámosle al Señor que toque los corazones de cada uno, de nuestros hermanos de esta ciudad y los haga llorar. Que purifique con el llanto a esta ciudad tan casquivana y superficial” (p. 373).

Una novedad que aporta Ivereigh, por su relación con el entonces arzobispo de Westminster, es el papel cumplido por los encuentros de San Galo, en Suiza, entre los obispos reformadores, a fines de los ‘90, bajo la “órbita” del cardenal jesuita Martini y el papel activista como factor de poder en las elecciones papales, como en la reciente encuesta sobre la familia.

En el capítulo octavo se estudia el fértil período comprendido entre 2008 y 2012, especialmente en su especial preocupación por los “villeros” y su atención sacerdotal, como los enfrentamiento con el presidente Kirchner y con su esposa y sucesora. Finalmente su inclinación ecuménica manifestada en su relación con el rabino Skorpa y con el imán Abboud.

El último capítulo está dedicado al cónclave que eligió Papa a Francisco, que el autor trata de reconstruir con su habitual pulcritud.

A través de todo el libro se aprecia un constante interés en señalar las características personales del actual Papa, más allá del desarrollo de una cuidada y contextualizada biografía. Así escribe Ivereigh que “el obispo Casaretto cree que la personalidad de Bergoglio era ‘bastante hermética’. A pesar de su calidez y de su amor por la gente, era un introvertido. Su punto fuerte eran las relaciones de uno a uno” (p. 447). Después de elegido Papa /como afirman muchos que le conocen/ “Es otra persona. Es una persona que sonrío” (p. 485).

Un epílogo narra los pasos fundamentales de Francisco en el tiempo transcurrido de su Papado.

Una serie de bien seleccionadas fotografías y una cuidada bibliografía completan este importante libro dedicado a demostrar que el Papa Francisco es “un gran reformador”.

Concluamos con el autor que “Bergoglio combinaba dos cualidades que casi nunca se dan juntas, y que surge una vez cada generación: poseía la genialidad política de un líder carismático y el misticismo profético de un santo del desierto” (p. 475).